

prete del ángel de las escuelas y ejemplar discípulo del Maestro divino.

Para regalo de nuestros lectores, honramos nuestras columnas con uno de los capítulos de aquel libro admirable.

(De *El Deber*)

---

## ACONTECIMIENTO FILOSOFICO

(RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA—*Lecciones de Metafísica y Ética*. Dictadas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—Bogotá. Imprenta de *La Luz*, carrera 7.<sup>a</sup>, número 590. 1914—324 páginas, en 4.<sup>o</sup> mayor).

La historia del pensamiento humano, como la de los hechos externos, políticos o guerreros, ofrece también sus luchas seculares y sus grandes conquistas, presenta sus héroes, sus caudillos y sus legisladores, como tiene también sus reinos y repúblicas con sus revoluciones y destronamientos y restauraciones. En la grandiosa renovación de los estudios filosóficos, preludiada en el pasado siglo por el genio de Balmes, impulsada con aliento poderoso por el gran León XIII, de imperecedera memoria, y que tantos progresos ha hecho en Europa, donde cuenta centros como la Universidad de Lovaina, y en América, donde cuenta paladines como el Padre Ginebra, de la Compañía de Jesús (Chile) y Joseph Luis Perrier, de la Universidad de Columbia (Estados Unidos), hay que registrar un nuevo triunfo, y es la reciente aparición de las *Lecciones de Metafísica y Ética*, del doctor Rafael María Carrasquilla, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

El alma y el cuerpo de este libro, porque los buenos libros tienen cuerpo y alma, son admirables.

Su espíritu consiste, *no en seguir una a una todas las opiniones de filósofo alguno*, inclusive Santo Tomás de Aquino, “sino: a) En inquirir las verdades filosófi-

cas, sin perder de vista las teológicas, para no apartarse de ellas. Entre una y otra verdad no cabe contradicción; b) En estudiar los maestros que nos precedieron, para seguirlos en sus aciertos, y evitarlos en sus yerros; c) En buscar la solución de los problemas en el justo medio entre contrarios errores; d) Y en proceder por un método en que se combinen la síntesis y el análisis, la inducción y la deducción." (Véase la obra, *Introducción*, página 13).

Espíritu más filosófico no le hubo.—Siendo todo hombre falible, el genuino pensador no puede, no debe suscribir a todos los dictados de ningún maestro humano, ya sea venerable por su antigüedad, ya esté de última moda.—Admitida como es de rigurosa lógica la posibilidad de la revelación, y de rigurosa crítica histórica, su existencia, es irracional que quien busca la verdad afecte pasarse como si aquella fuente de conocimiento no existiera: si el faro brilla en el puerto, el navegante que se dirige a él no deberá cerrar los ojos.—No pudiendo ningún hombre construir por sí solo el edificio de la ciencia, si queremos progresar hemos de conocer los trabajos de los que nos precedieron para aprovechar lo utilizable y dejar inútil lo perjudicial: sin esto, estaríamos condenados a vivir en perpetua incipiente.

Por cuanto en toda opinión humana hay alguna apariencia de verdad, ésta ordinariamente se halla en medio de las contrarias doctrinas: un *justo medio* es de rigor. En fin, si no es posible el proceso científico, sin pasar de lo particular a lo general, que es como se formulan las leyes y principios, y sin pasar de lo general a lo particular, que es como esos principios y leyes se reducen a la práctica, el método debe ser una combinación del análisis y la síntesis, de la inducción y la deducción. Hé ahí la índole de la filosofía estudiada según la mente de Santo Tomás de Aquino; hé ahí el espíritu de la obra.

Da la palabra forma sensible al pensamiento como el cuerpo al alma en el hombre; ella es, pues, parte sustancial en un libro. Ahora bien, en el que nos ocupa, la dicción corresponde fielmente al espíritu que lo anima. Su prosa, como la de Aristóteles, es eminentemente didáctica, sencilla, exacta, precisa, avara de palabras, llena de doctrina, y, como los metales para la electricidad, magnífica conductora del pensamiento. Bien sabemos que el autor hubiera podido romper galas literarias, pero él mismo nos lo advierte en su proemio: *ha sacrificado la elegancia a la claridad*. Y a fe que lo ha conseguido como pocos. En contraste con lo que suele acontecer entre los escritores de filosofía llamada moderna, zaherida tal vez a causa de eso por alguno de *patología de la razón humana*, aquí los términos son netos y bien definidos, cada uno expresa su idea, toda y sola su idea, sin neblinas ni telarañas donde pueda embozarse el engaño, el error o el sofisma.

Concedor de la rica lengua castellana—una de las más aptas para la filosofía—sabe sacar partido de ella para aclarar las ideas. Vayan dos ejemplos. Los filósofos escolásticos, que escribían en latín, después de habernos expuesto que en Dios no hay *potencia*, sino que es puro *acto*, al tratar de los divinos atributos nos resultan hablando de *potentia Dei*. El doctor Carrasquilla zanja el equívoco hablándonos del *poder* de Dios.—Para los que escriben en inglés, en francés o en latín hay una gran dificultad en explicar la diferencia que hay entre *pasión* y *qualidad pasible*, el doctor Carrasquilla la explica por la que hay entre nuestro verbo *estar* y nuestro verbo *ser*. “Es melancólico, *está* melancólico.” Ni *to be*, ni *être*, ni *esse* nos sacarían del apuro.

En suma, nos parecen aplicables al estilo del doctor Carrasquilla como escritor filosófico estos conceptos con que el Padre Ramière, S. J., describe el de Santo Tomás: “La verdad invisible resplandece con todo su *brillo* al través de las palabras que la expresan. No hay allí ninguna reverberación de calor, nada que pueda

distraer el espíritu halagando los ojos : es un lampo de luz blanca que hace los objetos plenamente visibles y da a cada uno su color, hurtándose él mismo a la mirada. Cada palabra expresa exactamente su idea, cada miembro de frase hace avanzar un paso al espíritu en su marcha hacia la verdad, cada párrafo es una etapa hacia la conclusión ; y, cuando el espíritu ha llegado al término de un artículo, no tiene más que volver hacia atrás para abrazar de una ojeada el camino recorrido.”

Pero no fatiguemos al lector, a quien invitamos—cualesquiera que sean sus opiniones filosóficas—a cerciorarse por sí mismo de todo lo que acabamos de decir. Por nuestra parte continuaremos leyendo, mejor dicho, estudiando esta obra, y, si Dios nos diere licencia, volveremos sobre ella en otra ocasión, pues ofrece mucho campo que explotar.

No faltarán quienes, fascinados por el ruido de los adelantos materiales, consideren las labores filosóficas algo así como una ociosidad brillante sin influencia alguna en la práctica de la vida.

Discurren como los labriegos de la falda de nuestros montes, quienes al contemplar las cimbras del Tolima o de la Sierra Nevada, las tienen como objetos dignos de admiración pero de los cuales nada se prometen ni esperan, a tiempo que, sin saberlo ellos, esos gigantes de cristal están nutriendo los arroyos que les brindan con sus aguas purísimas, les riegan sus plantíos y les abrevan sus ganados.

Felicitemos muy de veras a la juventud estudiosa y al país entero, porque la publicación de las *Lecciones de Metafísica y Etica* del sabio doctor Carrasquilla acaba de hacer extensivo a un mayor número el beneficio intelectual de que, va para cinco lustros, vienen disfrutando los jóvenes que tienen la fortuna de sentarse en los bancos de la célebre aula de Metafísica del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Bogotá, junio de 1914.

FRANCISCO M. RENJIFO

(De *El Deber*)